

CADERNOS
PROARQ 20

JOSEP MARIA MONTANER

La mutación pragmática de la crítica de arquitectura
The Pragmatic Mutation of Architectural Criticism

Josep Maria Montaner é arquiteto, doutor em arquitetura e professor catedrático da Escola de Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona (ETSAB-UPC). Coordena com Zaida Muxí o mestrado 'Laboratório de Habitação Sustentável do século XXI'. É autor de uma vasta obra teórica sobre arquitetura e publicou, entre outros, os livros *Arquitectura e crítica* (Editorial Gustavo Gili, 2007) e *Sistemas arquitetônicos contemporâneos* (Editorial Gustavo Gili, 2010). É colaborador habitual de numerosas revistas especializadas e dos jornais espanhóis *El País* e *La Vanguardia*.

En las últimas décadas se está produciendo una fuerte transformación de las coordenadas de la teoría y la crítica de arquitectura. Este texto analiza características y razones de esta transformación, intentando establecer una cartografía fiable en este mundo atomizado y cambiante.

Postcrítica

Es evidente que entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado se produjo el periodo dorado de la teoría y crítica de la arquitectura y el urbanismo contemporáneos, fundacional de la crítica al movimiento moderno: con las aportaciones de figuras como Manfredo Tafuri, Carlo Aymonino, Aldo Rossi, Jane Jacobs, Marina Waisman, Alison y Peter Smithson, Robert Venturi, Denise Scott Brown, Colin Rowe o Kenneth Frampton, yendo desde el espectro más radical y marxista hasta el más formalista, nostálgico y defensor de la autonomía formal de la arquitectura; y con la edición de revistas como *Oppositions*, *Assemblage* o *Arquitecturas bis*. Fue un periodo de arranque de un proyecto crítico de valor indudable.

En la medida que este periodo ya forma parte de la historia, la situación actual de transformación puede valorarse en dos sentidos. De manera optimista, entendiendo que no se trata de una crisis sino de una transformación, que conlleva la aparición de nuevas interpretaciones de la crítica que superarán este periodo fundacional contemporáneo. O de manera nostálgica, echando en falta los valores que tuvo este periodo crítico y sosteniendo que se ha pasado, simplificando, de la trascendencia del marxismo y el estructuralismo a la levedad del pragmatismo.

En la línea nostálgica se sitúa el libro póstumo de Martin Pawley, *La extraña muerte de la crítica de arquitectura* (2007), que toma el título de uno de sus últimos ensayos, poniendo en sintonía su propia decadencia con la de la crítica de arquitectura. Pawley fue uno de los críticos británicos de la segunda mitad del siglo XX, junto a Reyner Banham y J.M. Richards. En cualquier caso, su título expresa un hecho impactante e inquietante: la crítica de arquitectura, tan influyente hace décadas, en los últimos años tiene un papel poco relevante.

Es en este sentido de estar en el después de la eclosión de una primera gran generación de crítica contemporánea que hoy se habla de “postcrítica”, tal como en las últimas décadas del siglo XX se utilizaron los términos de postindustrial o postmodernidad.

Crítica y crisis

Más allá de que en su raíz griega haya gran proximidad en los conceptos de crítica y crisis, en la actualidad podemos establecer que en el caso de la crítica de arquitectura se suman dos crisis culturales: la general y la propia.

Este proceso se enmarca en el fenómeno más general de la pérdida de papel representativo de la intelectualidad progresista que, aunque exista, tiene menos posibilidades de expresarse en los medios dominantes que hace unos años. Al mismo tiempo, el mundo de Internet ha potenciado una “realidad expandida”, con innumerables protagonistas. Ya no hay referentes míticos, como en otras épocas, sino que el panorama es totalmente abierto, con más mujeres y más autores de procedencia no eurocéntrica, con muchas corrientes alternativas -ecologistas, feministas, “queer”, etc.-, aunque su influencia y alcance puedan quedar reducidos a ciertos ámbitos. Porque, aunque sea cierto que los medios de expresión se han multiplicado, también lo es que los medios tradicionales están copados por grupos de presión y ciertos personajes.

En el terreno de la arquitectura este proceso de mutación se percibe más profundamente, al compararlo con el periodo del proyecto crítico y al necesitarse un replanteamiento de criterios que responda a los cambios estructurales. Ello se produce, además, en un contexto en el que el saber de la arquitectura ha perdido papel decisivo y de liderazgo en relación al que tuvo en el período de entreguerras y en la postguerra. Entonces las políticas de vivienda y equipamientos fueron inspiradas, en gran parte, por arquitectos, y sentaron las bases del estado del bienestar. Hoy la arquitectura y el urbanismo tienden a ser serviles a los objetivos financieros e inmobiliarios, y tienen escasa iniciativa para plantear alternativas a lo que imponen los intereses dominantes. A este descrédito ha contribuido la complicidad con la especulación, la corrupción y el alarde de poder. Y si esta influencia social de la arquitectura y el urbanismo existe ahora se da en ciudades latinoamericanas, especialmente en Colombia y Brasil.

Pragmatismo

En estas condiciones, los rasgos que distinguen a las nuevas generaciones de críticos tienen que ver con el pragmatismo y la operatividad. Hace tiempo que ya se ha consolidado un giro copernicano en relación a algunas características de la teoría y la crítica de los años sesenta y setenta: de los teórico-teóricos, como Manfredo Tafuri o Colin Rowe, se ha pasado al predominio de los teórico-prácticos, como Peter Eisenman, Rafael Moneo y Rem Koolhaas, aunque iniciaran su carrera como teóricos.

El pragmatismo en filosofía es, históricamente, una corriente esencialmente

norteamericana –Charles Sanders Pierce, William James o John Dewey –. Sin embargo, tiene múltiples interpretaciones. No lo entendemos hoy como el pragmatismo poco reflexivo, antitelectualista y ajeno a la planificación y sistematicidad, liderado por la cultura norteamericana, sino como un pragmatismo basado en la experiencia y abocado a la acción, que sabe aprender de la realidad y traspasarla a conocimiento teórico. En la actualidad del pragmatismo es emblemática la aportación del filósofo norteamericano John Rajckman, que desde 1997 habla de “pragmatismo diagramático” y son sintomáticos los libros recopilatorios de Joan Ockman, *The Pragmatist Imagination. Think about “things in the making”* (2000), con textos de John Rajckman, Bernard Tschumi, Teresa Caldeira, Saskia Sassen y Hashim Sarkis, y de William S. Sanders, *The New Architectural Pragmatism* (2007), en el que se da la palabra a actores como Alejandro Zaera-Polo, Robert Somol, Sarah Whiting y James Corner.

Sería deseable que este pragmatismo enlazara con lo que Antonio Gramsci, el autor de cabecera de Lina Bo Bardi, entendía por “filosofía de la praxis”, y con lo que reclamaba el filósofo y psicoanalista Félix Guattari, que durante toda su vida compaginó sus propuestas teóricas –varias de ellas escritas con Gilles Deleuze–, con su trabajo como psiquiatra en la Clínica de La Borde. En sus escritos, Guattari buscaba una “nueva pragmática” y para ello propuso la “ecosofía” como nueva praxis. La ecosofía comporta una visión holística que exige una radical transformación interrelacionando tres niveles: el del medio ambiente; el de las relaciones sociales e interpersonales; y el mental de la subjetividad humana, de una nueva estructura del sujeto.

Y la operatividad tiene la vertiente optimista de reclamar un activismo sistemático y vital. Es una operatividad que reclama una crítica desinhibida de la arquitectura contemporánea, que supera el mandamiento político y moral de Manfredo Tafuri, quien se oponía radicalmente a la “crítica operativa”. Tafuri insistió en que la crítica operativa siempre legitima las producciones arquitectónicas y urbanas del capitalismo, y no puede evitar contribuir a su ideología. La crítica contemporánea se ha liberado de esta cautela y, aunque siga siendo manipulada y sirva de justificación a las producciones del capitalismo, hoy las condiciones han cambiado: ya no predomina el relato de las vanguardias y del movimiento moderno al que Tafuri se oponía con su rechazo a la crítica operativa.

Características del cambio

Por lo tanto, podemos recapitular señalando características interrelacionadas, que diferencian buena parte de la teoría y crítica contemporáneas en relación al momento fundacional de los años sesenta y setenta.

Una: la “operatividad” es una exigencia presente en los escritos contemporáneos. Hoy no es entendible una posición que tema la utilización ideológica de lo escrito; aunque esta instrumentalización se produzca.

Dos: son mucho menos reconocidos los críticos que actúan sólo desde la crítica, los que se dedican exclusivamente a la investigación, que los que son arquitectos profesionales, que escriben además de proyectar y construir obras reconocidas. Predominan el proyecto y la construcción. Aquí queda un trabajo pendiente de la crítica para reclamar la revalorización de su aportación, demostrando como el pensamiento crítico no solo constituye un modo de transmisión del conocimiento sino que revitaliza la investigación, la acción social, la defensa del patrimonio, la promoción de colectivos, el reforzamiento de las redes. La crítica debería superar esta servidumbre a la que los profesionalistas la han reducido.

Tres: una parte de los textos contemporáneos, hechos desde un trabajo profesional que necesita de la promoción pública y privada para poder existir, renuncia al carácter político y comprometido de la crítica. Los contenidos de los textos de la crítica dominante contemporánea pocas veces son políticos.

Cuarto: los escritos raramente parten de cuestiones conceptuales o teóricas, sino que parten empíricamente de las obras. Los contenidos han de entrar por los ojos y los discursos se construyen desde las imágenes y no desde los razonamientos. Véase, en este sentido, la línea de publicaciones iniciada por Rem Koolhaas con su *Delirious New York* (1978) y seguida por MVRDV o BIG.

Y quinto: el nuevo pensamiento pragmático, más presente en Internet que en papel, se basa en las redes de comunicación y debate, complicidad y colaboración.

Un síntoma de estas posiciones pragmáticas y operativas es el papel tan relevante que se otorga a un arquitecto como Peter Zumthor, cuya cualificada obra se basa en la construcción y la materialidad, pero que en sus escritos expresa unos planteamientos conceptuales y sociales muy conservadores y nostálgicos, en los que se niegan las referencias utilizadas y todo parece resultado de una experiencia subjetiva. Más que antes, la obra construida se ha convertido en la referencia legitimadora y ya no lo es el proyecto experimental.

Hoy queda lejana la teorización de Emil Kaufmann sobre la revolución de la arquitectura a partir de los arquitectos de la Ilustración, como Boullée, Ledoux y Lequeu, que dibujaron mucho y construyeron poco; y son poco relevantes las disquisiciones de Tafuri sobre el papel tan representativo de Gian Battista Piranesi, del que se conocen mucho más sus grabados que sus pocas y magníficas obras realizadas.

Además, una característica no menor, bastante relevante en el caso español, es que gran parte de la teoría ya no surge de las instituciones públicas sino que pertenece a la esfera privada. Era impensable en los años sesenta y setenta que los teóricos y teóricas europeos no impartieran clases e investigasen en las universidades públicas. Hoy esto ha cambiado y es posible distinguir entre la docencia, investigación y publicación que se sigue produciendo dentro de la cultura crítica de las universidades públicas y la que se genera en unas universidades privadas que tienen la enseñanza como negocio y que en su producción teórica promueven una pragmática que sea operativa al sistema productivo y que refuerce posiciones de poder.

Diversidad de posiciones

En este recorrido sobre la condición actual de la crítica se pueden establecer diversas posiciones y previsiones de recorridos, reconociendo previamente la influencia de teóricos pertenecientes a una generación similar, ya clásicos, como Karsten Harries (1937), profesor de Filosofía del Arte y la Arquitectura en la Yale University y que ha legitimado los principios conceptuales de la postmodernidad en arquitectura; Dalibor Vesely (1934), que ha planteado una crítica conceptual a las insuficiencias en la evolución de la arquitectura desde el Renacimiento hasta las vanguardias, partiendo de la fenomenología y la hermenéutica; y Juhani Pallasmaa (1936), que con su defensa de una arquitectura que intensifique todos los sentidos intenta reinventar al individuo contemporáneo, aislado y que percibe, que no está en sociedad.

Se puede establecer una cierta polarización de posiciones: las que siguen siendo críticas y las que se han desarrollado en este terreno de una postcrítica neoliberal. Y dentro de cada uno de los polos las posiciones también se subdividen.

En la continuidad del proyecto crítico tenemos a los representantes de una posición más académica, como Michael Hays (1952), de raíz marxista y “tafariana”, quien dirigió *Assemblage* (1986-1990); Beatriz Colomina (1952), que arrancó de estas posiciones, pero que ha evolucionado hacia una mirada favorable al mercado capitalista y que es autora de libros clave sobre los media o la sexualidad del espacio; o Pier Vittorio Aureli, (1972) el más joven, que en su texto *The Project of Autonomy. Politics and Architecture within and against Capitalism* (2008) ha iniciado la recuperación y reinterpretación del proyecto crítico dentro y contra el capitalismo en los años sesenta. Aureli analiza a fondo y comparativamente el pensamiento de los “operaistas” o “autónomos italianos”, como Tronti, Cacciari, Negri, Tafuri y Rossi, argumentando que en aquel período la defensa de la autonomía tenía que ver con la argumentación de la “autonomía obrera” como proyecto cultural y político. Parafraseando a Mario Tronti, Aureli concluye su libro con la llamada a trabajar en un proyecto teórico hecho “con la paciencia de la investigación y la urgencia de dar respuestas”.

En esta misma continuidad, pero en un ámbito más alternativo e hipercrítico, en la línea del urbanismo radical, como el marxista David Harvey o el anarquista Mike Davis, estarían las aportaciones de Dolores Hayden, que defiende la visión feminista y la historia de las propuestas de vida comunitaria frente al *sprawl* y la contaminación del territorio; y de Zaida Muxí, que en *La arquitectura de la ciudad global* (2004) ha demostrado como la cohesión de la ciudad compacta se disuelve en los enclaves aislados y dispersos de las tipologías de la ciudad global.

Por otra parte, en la línea liberal también se daría una posición más académica, la postcrítica heredera del formalismo analítico de Colin Rowe, Peter Eisenman, Tony Vidler y Rem Koolhaas, y que está representada, especialmente, por Robert Somol y su énfasis en los diagramas.

En la línea productivista se sitúan los neopragmáticos o tecnoadministradores, que en España están representados por Alejandro Zaera-Polo, Federico Soriano o el grupo Metápolis. Su objetivo ha sido legitimar los argumentos de las administraciones y hacerse un hueco en los encargos. Se ha de tener en cuenta, sin embargo, que otro factor que complementa esta muerte tan hegeliana decretada por Pawley es que la crítica que tiene peso sigue dominada por la cultura angloamericana, y que estos autores españoles sólo pueden tener influencia si publican en inglés y dan clase en universidades norteamericanas.

En Europa aumentan los focos de la crítica, más allá del grupo editorial de la revista *Lotus* en Milán, con Pier Luigi Nicolini a la cabeza, y de facultades de arquitectura como la de la Delft University of Technology, con todo un plantel de profesores, como Max Risselada o Dirk van den Heuvel; como la facultad de Arquitectura en la Universidad Católica de Lovaina, con Hilde Heynen; o como la AA de Londres, que siguiendo su tradición vanguardista ha creado la colección de ensayos *Architecture Words*, que dirige Brett Steele.

Sin embargo, no existe otra manera posible de conceptualizar, proponer alternativas y replantear la arquitectura sino es desde la responsabilidad, la mirada a largo término y el esfuerzo de la teoría y la crítica.

Crítica e investigación

El predominio del pragmatismo y la omnipresencia del proyecto arquitectónico han llevado en los últimos años a la afirmación en falso de que el mismo proceso de diseño es un proceso de investigación y creación de conocimiento; que proyectando se está teorizando. Lo argumentan, entre otros, Alejandro Zaera-Polo, Philippe Starck y Robert Somol en el libro editado por Sanders, otorgándole primacía al proyecto arquitectónico por encima de la teoría: según ellos, el trabajo de crítica e investigación ya no sería necesario.

Recientemente ha sido el arquitecto, teórico y activista Jeremy Till quien ha contestado a lo que él considera el tercer mito sobre la investigación

arquitectónica. El primer mito sería que la arquitectura es autónoma; el segundo que la arquitectura no es arquitectura, no es suficiente por sí misma y ha de buscar su legitimación en la autoridad de otras disciplinas; y el tercer mito argumenta que construir un edificio es investigación. Till desmiente contundentemente el tercer mito, sosteniendo que el edificio por sí solo nunca habla, sino que exige todo un trabajo de investigación: requiere todo un análisis de los procesos del proyecto y, sobre todo, de los usos, de los significados, de la relación con el contexto y de la vida del edificio después de terminado. Un buen edificio no implica una buena investigación, sino que la investigación tiene que ver con este análisis y conceptualización profundos sobre la obra. Por último, la clave es que el conocimiento ha de ser comunicable y muchas veces los arquitectos pragmáticos, por muy buenas obras que realicen, no son capaces de comunicar procesos, significados y usos.

Y aquí aparece otra cuestión clave: la transmisión de conocimiento a través de los nuevos medios, especialmente en Internet. Por una parte, éstas redes de comunicación están cambiando los modos y ritmos de transmisión del saber pero, por otra, la gran variedad hace que unas tengan un rigor académico y otras sean superficialidad y panegírico. ¿Cómo introducir en estos medios las pautas de los métodos de investigación y transmisión del saber, y cómo incorporar los valores de lo que se edita en estos medios en los criterios de valoración académicos? La solución consistiría en visibilizar en qué medida han tenido capacidad de cambiar las coordenadas y en recurrir a expertos en estos nuevos formatos, que aporten criterios críticos equiparables a los que ya tienen las publicaciones convencionales para seleccionar lo que aparece en webs, blogs y demás.

Porque esta transformación no solo se refleja en los modos de trabajar en colectivos y en la red, sino también en la producción de comunicación y crítica a través de los nuevos medios. El papel representativo de las revistas de arquitectura ha sido relevado por las páginas web y los blogs, radicados en cualquier lugar del mundo y con un alcance global, como *Vitruvius* en São Paulo/Barcelona o *Plataforma arquitectura* en Santiago de Chile. Algunos de ellos, especialmente en el contexto nórdico, son especialmente críticos y comprometidos, como el de Owen Hatherley, *nestybrutalistandshort.blogspot.com.es*, quien trata de manera muy crítica los fenómenos de actualidad y que es autor de *Guide to the New Ruin of Great Britain*; el de Léopold Lambert, *The Funambulist*, un seguidor de Foucault, Deleuze, Guattari; el blog colectivo anarquista *An Architektur*, radicado en Berlín; o la página web de *Design as Politics*, radicada en el TUDelf y dirigida por Wouter Vanstiphout y Marta Relats, que ha estudiado, entre otros temas, el fenómeno de los “riots” en las ciudades francesas, en Londres y en Estocolmo. Se trata de una lista larguísima y en continua transformación, ya que a la ausencia de grandes relatos y referentes les corresponde la proliferación y multiplicidad de páginas web y blogs.

Por una nueva relación entre la teoría y la práctica

Este contexto reclama que las nuevas teorías partan de otras coordinadas: rechazo a la pretendida autonomía de la forma arquitectónica en relación a lo político y social; sintonía con todo tipo de medio de comunicación y con las posibilidades de las industrias locales; incorporación de los nuevos modos de trabajo colectivo y de cooperación. Esto se desarrolla en mi próximo libro *Del diagrama a las experiencias, hacia una arquitectura de la acción* que publicará la Editorial Gustavo Gili en 2014: al mismo tiempo que la arquitectura avanza en una abstracción que recurre al mecanismo versátil y abstracto de los diagramas, ha de enraizarse en la vida y la experiencia, reencontrándose con la vertiente activista y experimental que tuvo en otros momentos de transformación.

Este proceso de transformación, altamente esperanzador, está caracterizado por este pragmatismo que huye de teorías previas e intenta aprender de la experiencia. Hoy ya no es época de grandes propuestas o teorías, sino de aprender a registrar la realidad de manera crítica y creativa. La insistencia en la pragmática es un rasgo positivo y está relacionado con que la arquitectura en las últimas décadas ha intensificado sus dosis de realismo, de capacidad de interpretar e intervenir en realidades concretas. De la lógica productivista e impositiva de la prefabricación y de los aprioris platónicos de la crítica tipológica se ha pasado a la rehabilitación, a operaciones versátiles de menor tamaño y a una mayor capacidad de encaje en el contexto y de creación de vida vecinal. Véanse, como ejemplo, los libros que explican las intervenciones de la ONG *Architecture for Humanity* escritos por sus fundadores, Cameron Sinclair y Kate Stohr, marcados por este optimismo de la estrategia, la pragmática y la operatividad: esta arquitectura de cooperación se va aprendiendo a través de la experiencia y la acción, pero fue una fuerte base teórica inicial lo que les lanzó a crear el colectivo y la actividad.

Es en este panorama de mutación que las propuestas auténticas relacionadas con el activismo social han podido avanzar: ONGs, grupos activistas, colectivos, experiencias de cooperación, etc. En cambio, la esfera académica tiene el riesgo de pretender abstenerse de la política, de quedar encerrada en su mundo de élite, de autosatisfacerse con el consumo de lo nuevo, olvidando lo que requiere la radicalidad de un proyecto crítico que ha de pasar, necesariamente, por la renovación de los sistemas de enseñanza. Un riesgo que es posible superar recuperando el compromiso de la universidad con la construcción de interpretaciones y propuestas críticas en relación a la sociedad y a la praxis; con la construcción de una nueva relación dialéctica entre la teoría y la práctica.